

TODOS LOS PAISAJES DEL VALLE AMBLÉS

J. Francisco Fabián García
Arqueólogo Territorial de Ávila

El Valle Amblés se formó como tal a base del ensanchamiento de una gran grieta en el Sistema Central paralela a las elevaciones de la Paramera y la sierra de Ávila, lo que provocó la apertura, paulatina y a lo largo de miles de años, de una fosa que con el tiempo fue colmatándose en parte con las erosiones de los dos rebordes. Por esa fosa de 42 km de longitud y dirección S/O-N-E, poco a poco los flujos de agua de la superficie hubieron de correr, formando un cauce de agua del que ha quedado nuestro río Adaja, en realidad una parte pequeña de lo que pudo ser en otro tiempo como río primero y antes, posiblemente, como una especie de gran laguna, que debido a la basculación hacia el Norte terminó por provocar la rotura de la sierra de Ávila y la salida de las aguas hacia el valle del Duero. Aquella grieta, producto de las tensiones internas de la Tierra, en esa especie de vida secreta que lleva a cabo al margen de nosotros, pudo tardar en producirse unos 20-30 millones de años y tuvo lugar en la Era Cenozoica y dentro de ella su comienzo en los periodos Eoceno-Oligoceno (hace 55-33 millones de años), culminando en el Mioceno, hace 23 millones de años (Herrero, 1996:178). Puede decirse que, al menos hace 5 millones de años, el Valle Amblés presentaba ya un aspecto geológico muy parecido al actual, no igual porque desde entonces hasta ahora la erosión ha mermado el paisaje también en buena parte. Cuando todo esto sucedió, al ser humano le quedaban todavía algunos millones de años para aparecer. Venía de camino a través de la evolución de las especies, pero le faltaba lo físico y sobre todo la inteligencia. Por tanto nadie vio suceder aquel fenómeno, ni lo hubiera podido ver de haber habido alguno, puesto que de los hechos geológicos de esa envergadura no se tiene conciencia sino a través de la historia de los lugares y comprobados a través de la ciencia los hechos y circunstancias que han pasado en la larga historia del mundo y de la Tierra.

El Valle Amblés se lo encontraron los primeros humanos ya constituido con un aspecto formal igual al que vemos. Solo la vegetación, directamente dependiente del clima y la magnitud de las aguas, dependiente también del clima,

pudo ser distinta cuando calculamos que tuvo lugar la primera presencia de gentes viviendo en él. Poco sabemos de entonces, pero mucho más que hace unas décadas, cuando creíamos que nadie durante el remoto Paleolítico había estado por aquí. Desde hace tiempo vamos encontrando restos cada vez más numerosos en las terrazas del río Adaja. Esos restos pueden tener al menos 500.000 años, los más antiguos, y hablan de *homos erectus* que vivieron en las cercanías de los cursos de agua, tanto del Adaja como de sus afluentes principales. No fue exclusivo del Valle Amblés. En el del Corneja, en algunas zonas de la Moraña y en la de Chamartín-Cillán-Solana del Rioalmar también aparecen estos restos del Paleolítico Inferior, a los que hay que unir los más numerosos y concentrados del valle del Tormes en su tramo salmantino. Sabían golpear los abundantes cantos de cuarcita de la zona simplemente para crear filos y puntas con las que trocear los animales que cazaban y/o carroñeaban, puesto que no eran otra cosa que cazadores/recolectores, es decir no producían nada. Por ahora solo sabemos de los instrumentos que manejaban, que suelen aparecer desplazados de su lugar original por razones del tiempo transcurrido y sus circunstancias.

Del Paleolítico Superior (40000-10000 a.C.) conocemos algunos datos de la zona de La Torre. Muy pocos, pero hablan por sí solos ya de la presencia del *homo sapiens-sapiens*, es decir de nuestros semejantes ya, en el valle, suponemos que habitando aquí en los periodos más cálidos que había entre las etapas glaciares que asolaron toda Europa. Que haya podido estudiarse un campamento de cazadores del Magdalenense en El Tejado (Salamanca), en el límite con la provincia de Ávila (Fabián, 1997) abre muchas esperanzas de hallar más datos en el Valle Amblés, algo que no será nada fácil puesto que los fenómenos geológicos de erosión y sedimentación pueden haber desplazado u ocultado evidencias, además de lo pequeños que suelen ser los asentamientos y lo impersonales para nosotros de los sitios. Posiblemente uno de los puntos con más posibilidades de hallar novedades sea la extensa franja que une los términos de Muñopepe y Padiernos, en el piedemonte de la sierra de Ávila. La presencia de una ancha veta de sílex en toda esa zona y algunos indicios todavía no muy concretos allí, hacen albergar la posibilidad de que las gentes del Paleolítico Superior frecuentaran esa zona en busca del necesario sílex para sus herramientas, pequeñas y elaboradas ya, que precisaban de esa roca en detrimento de la cuarcita, más propia para instrumentos de mayor tamaño.

1. 5000 a 2300/220 a.C. Los primeros esforzados campesinos del valle

Ni un indicio más hasta el Neolítico. Más de 5.000 años de tiempo sin datos, el que medió entre el último periodo glacial del Paleolítico y los definitivos tiempos nuevos (Neolítico), con un clima aproximadamente similar al actual y un cambio consecuente de la vegetación y la fauna, además de aportes tecnológicos de gran

importancia, como la cerámica. La particular ecología del valle invita a pensar que las pruebas de ocupación en ese paréntesis de ahora, aparecerán algún día en la seguridad de que existen.

El Neolítico inaugurará una explotación económica del valle sin solución de continuidad desde finales del 5000 a.C. hasta la actualidad. Esa explotación económica implicará enseguida una serie de consecuencias que afectarán al paisaje, producto del incremento paulatino en la demanda de espacios aptos para el desarrollo de una economía agropecuaria. Así, por ejemplo, conocemos bien a través de los estudios arqueopolínicos que entre el 5056-4544 a.C. el fondo del valle se hallaba cubierto por vegetación arbórea (Dorado, 1993) situación que en el 3950-3640 a.C. ya implica una merma importante (López Sáez, 2006), llegando a tener en el 2500 a.C. el aspecto mismo que vemos hoy. La ganadería y la agricultura, principalmente, pero también el progresivo aumento de la aridez según avanzaba el III milenio, hicieron posible ese paisaje.

Meras influencias o gentes procedentes en su origen del sur de la Península Ibérica se asentarán en el valle hacia el 5000 a.C. Sabemos de sus asentamientos (pocos) en pequeños covachos abiertos en algunos de los promontorios graníticos y sus aledaños, que bordean el valle. Son grupos muy pequeños que viven al menos de la ganadería, ya que no hemos encontrado por ahora indicios de agricultura en las excavaciones de La Atalaya (Muñopepe). La vida de estos grupos hubo de ser muy precaria y dura, ya que en más de mil años la progresión aritmética en el número de asentamientos va a ser muy poco destacable. Sobrevivir a las propias vicisitudes de la vida en ese tiempo y de la producción, hubo de implicar grandes dificultades. En la segunda mitad del IV milenio a.C. van a ser bastantes más el número de asentamientos (conocemos 12, pero pueden ser algunos más). Han dejado de vivir en covachos, como el mencionado de La Atalaya o el de la Cueva del los Moros (Robledillo) para vivir en el entorno de promontorios rocosos en los rebordes del valle. En el incremento de los asentamientos debemos ver también una mejora en las condiciones de vida, propiciados por avances en el dominio de la producción agropecuaria.

Otra prueba importante de ello, además de lo cuantitativo, es la organización social que se percibe ya, plasmada a través de la construcción de monumentos visibles en el paisaje, donde tienen lugar actos que concentran a gentes de la zona o quizá de más lejos en momentos muy precisos, tal vez relacionados con los fenómenos astrales de cada año o con ceremonias conmemorativas especiales, propiciando con la concentración la unión de todos dentro de un territorio, la relación entre los miembros que lo componen, el afrontamiento de problemas comunes, a la vez que con ello manifiestan la propiedad de un territorio, según leyes ancestrales en tiempos en que no existía el derecho ni los tribunales imparciales que dirimieran las diferencias. La construcción del dolmen del Prado de las

Cruces en Bernuy-Salineru y del túmulo no dolménico de la Dehesa de Río Fortes (Mironcillo) en un pequeño teso en el centro del valle, bien visible, hablan por sí solos de una sociedad organizada. Se trata de dos monumentos tipológicamente distintos, por lo que teniendo en cuenta su uso simultáneo puede entenderse que tendrían funciones diferentes. Uno –el dolmen– en las inmediaciones del Valle Amblés, donde se inicia el Campo Azálvaro, requirió el importante esfuerzo de tallar, acarrear y colocar la gran cantidad de piedras que constituían el monumento, en un tiempo (hacia el 4500 a.C.) en que el metal no se conocía, ni tampoco la domesticación de animales de tiro. La escasa presencia de asentamientos neolíticos en esa zona hace pensar que la ubicación del dolmen allí, en terrenos ganaderos, pudo ser una forma de reivindicar para siempre la propiedad por parte de las comunidades de la zona, que serían sobre todo los habitantes del Valle Amblés. El túmulo de la Dehesa de Río Fortes constituyó otro tipo de monumento. La monumentalidad se la daba su ubicación en una especie de cerro que domina el fondo del valle. No fue mucho más que una sencilla edificación, una referencia a la que acudir en determinados momentos y en la que se depositaban ofrendas, e incluso se enterraba a alguno de los líderes de la comunidad; líderes que accedían a su estatus posiblemente no todavía como consecuencia de su poder económico, cosa que sí sucedería algún tiempo después. Dos detalles conectan lo que tiene lugar en nuestro valle con la general mentalidad de la Meseta Norte, constatando con ello la interrelación entre comunidades a largas distancias: por un parte la arquitectura del dolmen de Bernuy-Salineru (túmulo, cámara circular sin cubierta pétreu y corredor orientado hacia el Sur-Este), y por otra la del túmulo de río Fortes, que además como en casos bien conocidos de Soria, Burgos y Valladolid fue incendiado a propósito, hacia el 3000 a.C. con las ofrendas que poseía en su interior, volviéndose a usar algún tiempo después posiblemente por la representatividad del sitio, pero sobre todo porque en el valle vivieron durante mucho tiempo los sucesores de aquel momento neolítico en el que la explotación agraria inició un largo proceso. Algo similar, aunque al parecer sin el incendio, sucedió en el dolmen también.

Evidentemente no hubo una frontera precisa entre en Neolítico y el Calcolítico por la que lo que hoy era uno se convirtiera al día siguiente en el otro. Nadie se acostó neolítico y se levantó calcolítico. Las etapas las ponemos los historiadores para entendernos mejor y en la Prehistoria son aún más imprecisas. No son otra cosa que procesos que duran mucho tiempo y que nosotros reducimos a una palabra para explicarlos mejor. El tránsito entre esas dos etapas hubo de ser un largo proceso de uno o dos siglos, con la implicación en ello de muchas generaciones, dada la baja esperanza de vida que sabemos se daba. Podemos decir que tuvo lugar un cambio entre el 3000 y el 2800 a.C. por el que aquella forma neolítica de vivir que implicaba cultivar las tierras del valle al lado de los asentamientos y mantener cabañas ganaderas de cabras y ovejas, usar cerámicas

toscas hechas a mano, decoradas a veces con gruesos trazos, cuyos motivos, como algunas acciones y la arquitectura de los monumentos, eran similares a las de otros asentamientos muy alejados, se fue transformando en otra, aunque dentro de una línea evolutiva que no parece presentar rupturas como las que en otros periodos serán muy evidentes. Sin temor a equivocarnos, mucho, podemos decir que las gentes neolíticas evolucionaron a través de generaciones sobre el mismo territorio, consiguiendo paulatinamente incorporar avances para dominar mejor la producción y, en consecuencia, la vida, aunque siempre en un régimen de subsistencia y gran dificultad, marcado por los inconvenientes climáticos y por tantas otras fatalidades que siempre asolan a las comunidades primitivas, exentas de otros conocimientos que no fueran los que se van aprendiendo con el tiempo y la experiencia, y la ayuda de las divinidades, espíritus y todo el conjunto de creencias que soportaban su sistema de vida y pensamiento. Sabemos de esta evolución, primero por el crecimiento del número de asentamientos en el valle. Con relación a los neolíticos vemos que ahora se multiplica por siete su número. Conocemos a día de hoy nada menos que 72 asentamientos calcólficos. Ello no implica exactamente que fueran todos simultáneos, pero la sola progresión del número ya es significativa de un cambio. Como ya fue una tónica de los asentamientos neolíticos del IV milenio a.C., se vive al lado de las tierras que se explotan, naturalmente por comodidad, pero también por la seguridad, ya que en lo que producían les iba directamente la vida. Se observa un espacio regular de 1-2 km entre cada asentamiento y el siguiente, fundamentalmente en la mitad este del valle, donde sabemos que bascula levemente siendo unos cien metros más bajo y donde había mineral de cobre más abundante, un detalle importante dado que en este tiempo ese metal empieza a ser muy codiciado.

Viven sobre todo en el reborde norte del valle (sierra de Ávila), en su ladera orientada al Sur, al abrigo de las inclemencias del Norte y prácticamente siempre en el entorno mismo de promontorios graníticos destacados en el relieve. Estos no parece que sirvieran de protección ambiental sino de referencia en un paisaje poblado de encinas y carrascos, además de alguna otra razón más difícil de averiguar. También hay asentamientos en el centro del valle, al lado de los cursos de agua más importantes (Adaja, río Fortes), no sabemos si estacionales o permanentes y alguno en el borde sur del valle, donde claramente interesa menos vivir. Se organizaban en pequeñas granjas a las que por su tamaño adivinamos de una estructura familiar, lo que hubo de conllevar una forma de comportamiento y organización social de todo el conjunto de unidades basado en la existencia de líderes aupados a su poder, mitad por algún tipo de liderazgo económico, mitad por sus destrezas en manipular el pasado, determinados hechos del presente y manejar, sobre todo, las ceremonias que tuvieran lugar en los lugares de todos, como el dolmen de Bernuy-Salineroy y el túmulo de Río Fortes. Es un ejercicio del poder muy precario aún, con no demasiada base sólida, pero con efectividad en

la organización de grandes eventos para la comunidad, de los que no todos han dejado una huella nítida. El conjunto de habitantes reconocería la necesidad de esos líderes para el equilibrio de las relaciones internas y con otras comunidades, con las que pueden plantearse conflictos, con las que hay que relacionarse para intercambiar necesidades materiales o las tan necesarias mujeres, germen de la continuidad y fortaleza cuantitativa del grupo, y elemento preciado, quizá por escaso, dada la precariedad de la vida a la hora de los partos.

Vivían en chozas de forma circular, con el hogar en el centro. Las paredes eran una sucesión de troncos colocados en vertical y manteados con barro para que no se filtrara ni la lluvia ni el frío. El techo a base de un entramado vegetal, manteado con barro. En alguna ocasión hemos investigado una choza cuyo interior quedó sellado por el hundimiento de la techumbre con los elementos que dejaron en su interior, a veces huyendo de una forma precipitada o pensando en volver. Estos casos y también otros han permitido conocer datos muy importantes sobre la tecnología que utilizaban, y con ello estudiar el utillaje de hueso (punzones sobre huesos de ovejas y cabras, espátulas para el trabajo de la cerámica, cinceles, retocadores, amuletos...), el del trabajo de la piedra para fabricar puntas de flechas, hachas, azuelas y hoces de sílex, o artefactos de cobre (puñales, hachas, flechas, punzones) aprovechando las vetas de cobre que había en el valle y que debieron ser un preciado tesoro, a la vez que un peligro para los habitantes del valle. Si tenemos en cuenta que las gentes del valle del Duero, y dentro de ellos los que en ese mismo tiempo habitaban nuestra actual Moraña, carecían de mineral, hemos de ver ahí una posibilidad de relación e intercambio que parece quedar constatada en la cantidad de similitudes entre la cultura material (factura y decoraciones de las cerámicas, formas de las flechas...) desarrollada por unos y por los otros, fruto, sin duda, de la relación que pudo haber tenido que ver, como uno de los elementos más destacados con el intercambio de cobre.

La economía de aquellas gentes se basó en el cultivo de trigo y cebada y en la explotación de una cabaña ganadera compuesta, sobre todo, por ovejas y cabras, pero en la que no faltaban vacas, cerdos y caballos, domesticados estos aquí a partir del 2500 a.C. La caza de ciervos, conejos, jabalís y algún oso fue un complemento de la dieta. El estudio de los elementos, traza de su alimentación a partir de los huesos hallados en los enterramientos, nos hablan de una dieta compuesta, sobre todo, por el consumo de cereal y en la que la carne ocupa un segundo lugar. Pero no son muchos los enterramientos estudiados, ya que las prácticas funerarias no se basaron en necrópolis ordenadas sino en la desaparición del cadáver, quizá exponiéndolo a las alimañas o en pudrideros (casas de muertos), convencidos de que el espíritu era lo que importaba controlar, siendo el cuerpo un mero contenedor, idea que se ha mantenido a lo largo de las culturas, religiones y los tiempos ante la propia constatación de la muerte física y sus evidentes consecuencias en el cuerpo. Las excepciones a esta regla hablan posiblemente de muertes excepcionales, como

por ejemplo de los seis jóvenes muertos y enterrados en un pequeño túmulo en el Cerro de la Cabeza, en las inmediaciones de la ciudad de Ávila, los cuales murieron, al menos cuatro de ellos, por el impacto de flechas de piedra que encontramos en el interior de su cuerpo. A la vez, este excepcional hallazgo evidencia los conflictos que hubieron de darse entre las gentes de la Prehistoria, tal vez ante la competencia por determinados recursos, como pudo ser en el Cerro de la Cabeza el cobre, que allí se manifiesta en forma de vetas de malaquita.

2. 2300/2200-1750 a.C. Factores ambientales que cambian la tónica de siglos atrás

Aquel ambiente calcolítico de cierta prosperidad creciente a partir del 2500 a.C. hubo de verse mediatizado por una crisis climática en la que la progresiva aridez desembocó hacia el 2300-2200 a.C. en una situación crítica. Curiosamente esa misma situación afectó a buena parte del planeta, la denominan los especialistas Evento 4,0 K BP y parece ser la responsable del colapso sincrónico de determinadas culturas importantes de Anatolia, Grecia y Palestina, de la civilización del Valle del Indo, de la cultura Hongshan en China, de la de Hilmand en Afganistán y del imperio acadio, así como de similares episodios en Egipto (Fabián et ál., 2006:38). El efecto de esa situación la vemos en el Valle Amblés muy claramente a través de los estudios arqueopolínicos (el polen de cada primavera puede perdurar durante miles de años) y con la aparición y desarrollo de especies proclives a climas cada vez más secos. En ese ambiente, los antiguos asentamientos calcolíticos que habían proliferado sobre todo a partir de la mitad del III milenio a.C. van a irse abandonando, surgiendo un nuevo tipo de vida que se adapta a las nuevas condiciones de aridez. En ese nuevo tipo de vida general, se dan también cambios en las herramientas de trabajo y en las formas y decoraciones cerámicas. Ahora la ganadería se constituye en el factor económico más importante y el ganado hay que llevarlo a los lugares donde puede encontrar pastos suficientes. La agricultura parece relegada a un plano muy secundario, si tenemos en cuenta que los datos conocidos de este momento no se encuentran precisamente en lugares con aptitudes para la agricultura. Conocemos un número suficiente de asentamientos de este tiempo en el Valle Amblés y en sus territorios montañosos circundantes como para saber que se eligen promontorios rocosos de forma cónica, bien destacados en el relieve, unas veces en lugares muy altos a altitudes que pueden estar entorno a 1.500-1.800 m y otras más bajas, pero siempre en sitios donde hay agua, pastos y el terreno es estrictamente ganadero. La inexistencia de lugares de este tipo en la Moraña, donde no se dan tales condiciones, parece ratificarlo la intención que vemos. El hallazgo abundante en estos lugares de concentraciones de piezas simbólicas, tales como ídolos, pequeñísimos recipientes cerámicos, piezas de metal y hachas votivas, hace pensar en el especial simbolismo de estos puntos para los grupos de ganaderos que

los recorrían. Los estudios polínicos nos dicen también que en algún momento de ese periodo se produjo lo contrario de la aridez anterior, es decir una etapa de gran humedad, igualmente poco propicia para la práctica de la agricultura.

No será desacertado pensar que una situación de presunta penuria pudo implicar también una merma de la población como consecuencia de una peor calidad de vida, provocando cambios sociales respecto a la etapa precedente. Por ejemplo, la apropiación de lugares con agua y pastos hubieron de asegurarla las poblaciones de cada territorio, frente a las necesidades de otras que también aspiraran a ellas. Eso debió llevar a una situación tensa en la lucha por los recursos, en la que necesariamente emergerían líderes que condujeran la situación no solo en el conflicto, sino también en cuanto a pactos para eliminar tensiones. Es muy probable que esos líderes sean los que aparecen reflejados en determinados enterramientos en los que las armas simbolizan el poder, a la vez que se acompañan de otros elementos de costosa producción como los vasos campaniformes, cuyo cometido pudo ser el de continente de bebidas alcohólicas tales como la cerveza, la cual podría consumirse en ceremonias políticas y religiosas, en un sentido distinto al que hoy le damos al consumo de esa bebida. Uno de esos enterramientos apareció en Aldea del Rey Niño (Gómez y Sanz, 1994; Fabián, 2006:353-363), otro en las inmediaciones de Ávila (Fabián, 1992), en el que el acompañamiento de estos vasos campaniformes a dos niños puede interpretarse como un intento de hereditabilidad del poder al asociarlo a niños. Esos necesarios líderes de un contexto complicado debieron usar todo tipo de estrategias de consolidación de su poder y su defensa del territorio, utilizando de nuevo dólmenes como el de Bernuy-Salinero para enterrarse o tal vez solo para ser el centro de determinadas ceremonias en las que se recurría a los hechos y a los monumentos de los antepasados como forma de legitimar en el tiempo ancestral la propiedad de un territorio que consideraban suyo.

3. 1750-1000 a.C. De nuevo el modo de vida agro-ganadero en la cultura de Cogotas I

Hacia el 1750 a.C. se asiste a una nueva realidad en el Valle Amblés. Si en la etapa anterior la ganadería primó sobre cualquier otra dedicación, ahora la agricultura vuelve a tener peso, a juzgar por la utilización del fondo del valle. Durante un periodo que podemos cifrar entre el 1750 y el 1000 a.C. tiene lugar la Cultura de Cogotas I, cultura en la que la Meseta Norte es el centro, con irradiaciones a otros puntos de la Península Ibérica. El Valle Amblés será un digno representante de ella entroncando en todo con el Valle del Duero, donde parece radicar su centro neurálgico (Abarquero, 2005). Asentamientos en medio del llano cerca de cursos de agua evidencian una dedicación agrícola explotando nichos muy concretos donde se presume rentabilidad. Lo hemos visto en yacimientos

de Baterna, Solosancho, Muñogalindo, La Torre (Caballero et ál., 1996) y Salobral (Blanco, 2008) otra vez en la mitad este del valle, como en el Calcolítico. Pero a la vez también encontramos asentamientos en zonas más altas, donde la dedicación pastoril parece la única posible, como es el caso de las inmediaciones del castillo de Manqueospese, Las Cogotas y Los Castillejos de Sanchorreja, en estos últimos en un estadio previo a lo que luego será el castro de la Segunda Edad del Hierro por el que se han hecho más conocidos. De este tiempo no sabemos mucho sobre nuestro valle. Solo de la vistosidad de sus cerámicas intensamente decoradas en recipientes de buena factura que se han interpretado como vasos especiales para consumir alimentos en determinadas ceremonias u ocasiones; la vistosa decoración sigue patrones decorativos que derivan de la cerámica campaniforme presente en la etapa anterior. Ello puede entenderse como una evolución basada en la continuidad. Sabemos también de la precariedad que aparentan sus asentamientos en el fondo del valle, ocultando los desechos y basuras dentro de fosas excavadas en el suelo virgen, muchas de las cuales pudieron haber servido previamente como silos para conservar el cereal y propiciando con ello depósitos de gran valor para la reconstrucción arqueológica que hoy hacemos.

4. 800 al 500 a.C. El fin de una larga tradición y los inicios de un tiempo nuevo

En torno al 800 a.C. el mundo que representaban aquellas vistosas cerámicas de la Cultura de Cogotas I tan presentes en los asentamientos, evocadoras de una tradición evolutiva de dos milenios en el mismo territorio, conoce una ruptura drástica y evidente, dejando entrever que algo lo motivó. Todo tiene su causa. La posibilidad de llegada de gentes nuevas y de una aculturación, o simplemente de ideas nuevas venidas de otros sitios, es una de las hipótesis. Otra muy sugerente es la que han planteado López y Blanco (2005) considerando que la ruptura entre un tiempo y otro tuvo como causa de fondo el cambio climático que se produjo entre el 850 y 760 a.C. agitando de alguna forma el desgaste de una cultura en todas sus facetas, ya presa de sus propias contradicciones acrecentadas por el tiempo. Efectivamente, el desencadenante pudo ser un cambio de tendencia climática, ahora húmedo en contraposición a la aridez que se había venido registrando, circunstancia que reflejan los pólenes estudiados en las turberas fósiles del valle y sus inmediaciones. El cambio climático desencadenaría de inmediato transformaciones con que hacer frente a las nuevas problemáticas y con ellos una nueva de mentalidad que se verá reflejada en una buena parte de los elementos materiales que componen la vida de una comunidad. Encontramos lugares en el valle donde entre las viejas cerámicas aparecen también las nuevas, lo que nos da idea de una evolución in situ, más que una ruptura drástica. Pero lo que sabemos del Amblés no es mucho. Sabemos los sitios que se eligen para vivir, deduciendo

de ello algún tipo de inferencia sobre el modo de vida. Los hábitats están en los rebordes, a veces sobre algunos de los antiguos sitios calcolíticos precedentes y otras veces directamente al lado de las zonas húmedas, donde además de la ganadería practican también la agricultura, por más que no sean los mejores terrenos para ello. Se trata de asentamientos con alguna mayor envergadura que en etapas anteriores, cosa que ya parecía ir anunciándose con anterioridad. Las antiguas granjas ahora parecen sustituirse por aldeas campesinas, a juzgar por el número de estructuras que se aprecian. Las cabañas excavadas en Guaya (Berrocalejo de Aragón), a un paso del valle, parecen similares a las vistas en Rivilla (Ávila), constituidas por postes de madera alineados, cierran los espacios entre postes a través de un entramado vegetal, forrándolo todo ello con barro. Tienen forma rectangular, orientadas de Norte a Sur, con abertura al Sur, apreciándose dos partes en ellas, una con ligera forma circular u oval y otra de trazos más rectos que le antecede, como si fuera un ancho pasillo. El hogar está en el centro de toda la estructura queriendo ser el nexo de unión entre la zona de habitación y la que podría haberse destinado a otras tareas e incluso a ser ocupada por algún animal doméstico. Llama la atención en todos estos lugares la cantidad de desechos de fundición de bronce que aparecen, denotando un aumento considerable de la producción de artefactos de este metal tanto de trabajo como en forma de armas. Las espadas, puntas de lanza y hachas que circulan en este tiempo denotan una sociedad en la que se dan conflictos a una escala ya superior a la manifestada en etapas anteriores y en la que esas armas sirven de ostentación determinados personajes. Posiblemente avanzado este tiempo empiecen a circular los primeros objetos de hierro.

5. 500-450 a.C. A la conquista romana. La celtización en los castros vettones

Una de las grandes asignaturas pendientes de la prehistoria del Valle Amblés y la sierra de Ávila es conocer el proceso y la causa por la que aquellas aldeas que explotan este territorio van a convertirse en los castros vettones de la magnitud de La Mesa de Miranda y Ulaca, a partir del siglo IV aquel, y tal vez en un momento algo más reciente este. Lo investigado en Los Castillejos de Sanchorreja (González-Tablas y Domínguez, 2002) habla de un origen anterior, marcando la transición entre el tiempo que representaban las aldeas del principio de la Edad del Hierro y la plenitud que representan La Mesa de Miranda y Ulaca. Posiblemente son los contextos políticos, económicos y sociales que se viven en la Península Ibérica, como consecuencia de las influencias mediterránea y continental, los que llevan a esas transformaciones tan radicales por las que los modestos asentamientos en el centro del valle o en los rebordes se van a transformar en lugares amurallados a alturas difíciles de entender, como es Los Castillejos de Sanchorreja, donde ya se había vivido en algunas etapas anteriores, en aquel momento tal vez obligados por cir-

cunstances más puramente económicas que las político-económicas de posteriores. La presencia en la transición, y después, de numerosos elementos que llegan a estas tierras desde el Mediterráneo, hace pensar en la importancia de esas influencias y en la existencia de un poder que es el receptor de todos esos objetos de lujo. Algo hace a las poblaciones agruparse ahora en centros de mayor tamaño invirtiendo una gran energía en fortificarse además, lo cual también habla de una organización social interna y de un liderazgo que la organiza. No hay pequeñas granjas dependientes de sitios mayores, como se creyó en un primer momento. Se vivió exclusivamente en los lugares de considerable tamaño, de entre los que el más pequeño es Las Cogotas (10 ha), frente a las 30 de La Mesa de Miranda o a las 80 (solo lo amurallado) de Ulaca. Es el mundo vetton nombrado por los cronistas romanos, y con él el proceso de celtización que los caracterizó a todos. Entre los tres forman un triángulo que domina un territorio de 370 km² en el se controlaba el curso del Adaja en su acceso desde el norte como ruta de comunicación y el propio Valle Amblés, en el caso de Ulaca, donde desembocaba una ruta que viniendo del sur accedía a la Meseta o la que a través del paso Villatoro conectaba la antigua Ruta de la Plata con el Este a través del valle del Corneja, bien por el valle del Jerte o desde el Valle de Sangusín, en la zona de Béjar. El tamaño y la imponencia de Ulaca, así como la magnitud de algunas de sus construcciones (altar de sacrificios, sauna ritual, “El Torreón” ...) hablan de un lugar con una importancia especial que no se advierte en ninguno de los otros castros vettones, ni al sur de Gredos ni al oeste, en el foco salmantino. La historia que conocieron estos lugares precisa de investigaciones profundas y continuadas en Ulaca y La Mesa de Miranda que muestren novedades con las que explicar –sobre todo de Ulaca y La Mesa de Miranda– datos trascendentales de su trayectoria que no explicó la excavación de Las Cogotas.

6. Del siglo I a.C. al 711

El fin de estos castros es el comienzo en el Valle Amblés de Obila o Abela y de otro tipo de poblamiento. Después de más de 200 intervenciones arqueológicas en la ciudad sin hallar rastros del deseado castro prerromano, es hora de convencerse con razones objetivas ya de que Obila nace hacia mediados del siglo I a.C. como consecuencia de la despoblación de los castros cercanos y de una reorganización de la población vettona sometida. Solo las futuras investigaciones en Ulaca y La Mesa de Miranda nos dirán el momento preciso del abandono de ambos y sus circunstancias, así como la forma en que influyó la dominación de la zona a partir del 136/133 a.C., en que la tierra de los vettones queda bajo el dominio romano, y la repercusión que tuvo en ellas su alianza, siempre con el perdedor, en las dos guerras civiles romanas, un siglo después de la pérdida de su independencia. El hallazgo ocasional de monedas republicanas en Ulaca hace pensar que pudo permanecer habitada hasta alguna de

las dos guerras civiles, tal vez hasta la segunda de ellas, siendo César quien ordenara o conminara a su abandono, inaugurándose con ello un tiempo nuevo marcado por la presencia principal de Obila en el extremo este del valle, en el punto donde el río atraviesa la sierra de Ávila camino del valle del Duero. La permanencia de la población en Ulaca en tiempo republicano puede indicar un acuerdo conveniente entre las elites vettonas y los romanos para mantener un *statu quo* que beneficiara a las dos partes desde la supremacía romana que implicaba la dominación.

El lugar donde se ubicó Obila no responde a los esquemas de un castro prerromano por más que ocupe un lugar con alguna elevación, sin embargo tiene una importancia estratégica en el control de un nudo obligado de comunicaciones (Hernando Sobrino, 2005:18-19). Desde algún momento del siglo I a.C los castros de las inmediaciones que estuvieran habitados iniciarán el camino para convertirse en restos arqueológicos. Nos preguntamos qué fue de su población y sobre todo, qué suerte corrieron aquellos personajes de alto rango que solían hacerse quemar con sus armas ostentosas en La Mesa de Miranda o en Las Cogotas. La simbiosis entre antiguos vettones y dominadores romanos parece manifestada por la pervivencia de esculturas zoomorfas y por la onomástica indígena en Obila, en su cementerio de los siglos I-II. Seguramente aquellos personajes encontraron también su acomodo en la nueva Obila, manteniendo una parte de su poder, garantizando con ello un mejor encaje de la población en la nueva mentalidad integradora con lo romano.

La escasez de datos arqueológicos fuera de la propia Obila hace preguntarse si la despoblación de los castros no fue seguida de un periodo de crisis demográfica, con la emigración de jóvenes alistándose a las legiones romanas, que llegaron a tener un ala integrada por vettones (*Ala Hispanorum Vettonum civium Romanorum*) prestando sus servicios durante el imperio en Britannia. Es solo a partir del siglo I-II cuando, paralelamente al momento de mayor esplendor de Obila, vemos surgir en el Valle Amblés pequeños establecimientos rurales en zonas ricas, en las proximidades de las vías de comunicación y de algún establecimiento tipo villa, como el conocido de la Pared de los Moros, en Niharra. Por alguna razón esta no parece tener la entidad de otras situadas en terrenos más al Norte y es la única del valle, si exceptuamos otra periurbana en la parte sur de Ávila, en el entorno de San Nicolás.

A partir del siglo III las tierras del fondo del valle parecen más pobladas, aunque siempre con núcleos de poca entidad, que podríamos entender como *vici* dependientes de la unidad administrativa de Obila. Estos asentamientos parecen paralelos a la decadencia que se vive en Obila respecto al siglo I-II, donde las excavaciones arqueológicas registran estratos de explanación en zonas antes urbanizadas, como también el desmantelamiento de edificios notables que lucieron en los

siglos inmediatamente anteriores (Fabián, 2007:102-103). Así se llegará al tiempo tardorromano, en el que aparecen significativos lugares habitados como la Cabeza de Navasangil (Solosancho), enclavados en lugares altos (1.572 m), que además se amurallan, buscando claramente la defensa y el control, aún a riesgo de la dureza en las condiciones climáticas que implica la altura. Se trata de los llamados *castella* o *castra*, frecuentes en este tiempo y bien conocidos también en otros puntos de la provincia de Ávila (Fabián, 2007:105), indicadores de una situación de riesgo que en la Cabeza de Navasangil termina a finales del siglo IV o principios del V con el arrasamiento violento del sitio (Caballero, 2001), hecho que tal vez haya que poner en relación con el estrato de incendio registrado en numerosos puntos de la ciudad de Ávila, enlazando posiblemente con los mismos sucesos.

El tiempo visigodo no cambia mucho el paisaje del Valle Amblés respecto a lo anterior. La Cabeza de Navasangil, tras la destrucción aludida y un lapso de tiempo deshabitada (unos 100 años), vuelve a ocuparse de nuevo reedificando sobre las ruinas de lo destruido, tal vez ahora con un nuevo cometido, el de ser un centro de poder local en el que se controlaban y fiscalizaban rutas ganaderas locales, de ahí el importante número de pizarras con signos numerales encontradas a pesar de lo breve excavado (Díaz y Martín Viso, 2011:231). A la vez, surgen establecimientos de nueva planta en el centro y los bordes del valle que hablan de poblaciones eminentemente ganaderas, habitantes de casas muy sencillas en las que se constatan en algún caso enterramientos infantiles dentro de la casa, costumbre de larga tradición desde tiempos protohistóricos. Ávila en este tiempo va a continuar siendo la cabeza administrativa del valle, como debe indicarlo que sea sede episcopal. Sin embargo, este hecho no parece ir unido a la importancia de su volumen y población, pero debió serlo en función únicamente de la necesidad de existir un punto de referencia administrativa y política en la organización del territorio.

7. De la invasión árabe a la actualidad

La invasión árabe del 711 y los tiempos consecuentes implican un cúmulo de incertidumbres no resueltas todavía. La Arqueología no muestra hasta el momento indicios arqueológicos de una ocupación árabe ni de la ciudad de Ávila ni del Valle Amblés durante todo el tiempo anterior al establecimiento de las fronteras seguras, lo cual lleva a la hipótesis de que la ciudad se mantuviera, aunque fuera en mínimos demográficos, como referencia de la zona, conservando su independencia religiosa, pero bajo el control de sus dominadores. La secuencia continuada de los mismos contenedores de tipo religioso desde época romana hasta la románica, que inauguró un tiempo nuevo y seguro, puede hablar con propiedad de este hecho (Fabián, 2011). Parece ser una evidencia al respecto la constatación arqueológica de que los templos romanos se convierten en cristianos a partir del siglo IV, conservando su memoria y su

culto hasta su conversión en templos románicos, repoblada la ciudad a partir del siglo XI-XII. Ello indicaría la continuidad del culto en esos lugares concretos, algo que se hubiera perdido durante casi tres siglos de haber sido otra la situación, edificándose después las nuevas iglesias románicas en lugares distintos, nunca con la coincidencia exacta con la que queda claro que un edificio sustituye a otro en la misma línea religiosa. Esto sucede en Ávila a la vez que en el Valle Amblés parece establecerse un gran silencio. Participa así de lleno el valle en los llamados *tiempos oscuros*. Poco tiene allí que decir la Arqueología que implique a los siglos VIII, IX y X. Sin embargo en la sierra de Ávila los testimonios son más conocidos, como en otros ambientes serranos de la zona sur de la provincia, manifestados buena parte de ellos a través de tumbas excavadas en la roca, asociadas a pequeños núcleos de habitación dispersos y aparentemente escondidos en el paisaje serrano, a menudo irreconocibles para la Arqueología. Desconocemos el fundamento real de este panorama. Quienes se han preocupado de examinarlo con los datos disponibles creen que pudo tratarse de pequeños grupos agrarios de jerarquía inestable, muy interesados en marcar su territorio a base de tallar tumbas en la roca que materializaba así su propiedad (Martín Viso, 2007:34-35; Blanco, 2009:170). Resulta curiosa y posiblemente significativa la falta de datos en el Valle Amblés, de donde se dispone de tantos ya, relativos a todos los momentos.

La conquista de esta zona, el mantenimiento de una línea segura frente al territorio árabe (1085) y la repoblación de toda la zona a partir de una primera oleada entre 1087 y 1089 (Barrios, 1983), inaugura un tiempo y un paisaje administrativo nuevo, que a través de los siguientes 900 años ha llegado hasta el presente. Hoy ese paisaje se encuentra envuelto en la transición al dibujo de uno nuevo (otro más del valle) que se vislumbra a través de la decadencia poblacional de los antiguos núcleos habitados y de la apasionante incertidumbre sobre lo que será el siguiente capítulo de la historia del valle en los próximos siglos, sobre el que se admiten todo tipo de hipótesis. Todo parece indicar que asistiremos poco a poco a la arqueologización de una o buena parte de los núcleos habitados tradicionales, naciendo un nuevo orden conforme a las novedosas circunstancias, como ha venido siendo la tónica de este sitio desde hace al menos 500.000 años.

8. Bibliografía

ABARQUERO MORAS, Francisco Javier. *Cogotas I. La difusión de un tipo de cerámica durante la Edad el Bronce*. Valladolid: Junta de Castilla y León, 2005.

- BARRIOS GARCÍA, Ángel. *Estructuras agrarias y de poder en Castilla. El ejemplo de Ávila (1085-1320)*. Salamanca: Universidad; Ávila: Institución Gran Duque de Alba, 1983.
- BLANCO GONZÁLEZ, Antonio. "Tendencias del uso del suelo en el Valle Amblés (Ávila, España). Del Neolítico al Hierro Inicial". *Zephyrus*, LXII (2008), pp. 101-123.
- BLANCO GONZÁLEZ, Antonio. "Tendencias del uso del suelo en el Valle Amblés (Ávila, España). De la Edad del Hierro al Medioevo". *Zephyrus*, LXIII (2009), pp. 155-183.
- CABALLERO, Jesús; PORRES, Fernando y SALAZAR, Ascensión. "El campo de fosas de El Cogote. (La Torre, Ávila)". *Numantia. Arqueología en Castilla y León* 1989/1990, 4 (1993), pp. 93-110.
- CABALLERO ARRIBAS, Jesús. *Excavación arqueológica en La Cabeza de Navasangil. Villaviciosa-Solosancho, Ávila. Informe arqueológico. Escuela Taller Ulaca II. Documento inédito depositado en el Servicio Territorial de Cultura de Ávila*, 2001.
- DÍAZ, Pablo C. y MARTÍN VISO, Iñaki. "Una contabilidad esquiva: las pizarras numerales visigodas y el caso del cortinal de San Juan (Salvatierra de Tormes, España)". En: DÍAZ, Pablo C. y MARTÍN VISO, Iñaki (eds.). *Entre el impuesto y la renta. Problemas de fiscalidad tardoantigua y altomedieval*. Bari: Edipuglia, 2011, pp. 221-250.
- DORADO VALIÑO, M. *Evolución de la vegetación durante el Holoceno en el Valle de Amblés (Ávila). Estudio palinológico*. Tesis doctoral inédita leída en la Universidad de Alcalá de Henares, 1993.
- ESTREMERA PORTELA, Soledad y FABIÁN GARCÍA, J. Francisco. "El túmulo de la Dehesa de Río Fortes (Mironcillo, Ávila): primera manifestación del Horizonte Rechaba en la Meseta Norte". *Boletín del Seminario de Arte y Arqueología*, LXVII, (2002), pp. 9-48.
- FABIÁN GARCÍA, J. Francisco. "El enterramiento campaniforme del Túmulo 1 de Aldeagordillo (Ávila)". *Boletín del Seminario de Arte y Arqueología*, LVIII, (1992), pp. 97-132.
- FABIÁN GARCÍA, J. Francisco. "La difícil definición del Paleolítico Superior de la Meseta. El yacimiento de la Dehesa como exponente de la etapa Magdaleniense Superior-Final". En: *II Congreso de Arqueología Peninsular*. Zamora: Fundación Rei Alfonso Enríques, 1997, pp. 219-237.
- FABIÁN GARCÍA, J. Francisco. *El dolmen del Prado de las Cruces (Bernuy-Salineru, Ávila)*. Valladolid: Junta de Castilla y León, 1997.

- FABIÁN GARCÍA, J. Francisco. *El IV y III milenio AC en el Valle Amblés (Ávila)*. Salamanca: Junta de Castilla y León, 2006.
- FABIÁN GARCÍA, J. Francisco; BLANCO GONZÁLEZ, Antonio y LÓPEZ, J. Antonio. "La Transición Calcolítico-Bronce Antiguo desde una perspectiva arqueológica y ambiental: el Valle Amblés (Ávila) como referencia". *Arqueología Espacial*, 26 (2006), pp. 37-56.
- FABIÁN GARCÍA, J. Francisco. "Los orígenes de la ciudad de Ávila y la época antigua. Aportaciones de la arqueología al esclarecimiento de las cuestiones históricas previas a la etapa medieval". En: Luis LÓPEZ, Carmelo et ál. *Ávila en el tiempo. Homenaje al profesor Ángel Barrios*. Ávila: Institución Gran Duque de Alba, 2007, vol. I, pp. 83-101.
- FABIÁN GARCÍA, J. Francisco. "Ávila. Románico sobre romano. Lugares cristianos en antiguos lugares paganos". *Románico*, 13 (2011), pp. 6-13.
- FABIÁN GARCÍA, J. Francisco; BLANCO GONZÁLEZ, Antonio. "Cuatro enterramientos calcolíticos en hoyo del Cerro de la Cabeza (Ávila)". *Complutum*, 31 (1) (2012), pp. 99-120.
- GÓMEZ GARCÍA, Jorge y SANZ RUIZ, M.^a Pilar. "Valdeprados (Aldea del Rey, Ávila). Un nuevo enterramiento en la submeseta norte". *Cuadernos abulenses*, 21 (enero-jun. 1994), pp. 81-116.
- GONZÁLEZ-TABLAS SASTRE, Francisco Javier y DOMÍNGUEZ CALVO, Alberto. *Los Castillejos de Sanchorreja. Campañas de 1981, 1982 y 1985*. Salamanca: Universidad de Salamanca, 2002.
- HERRERO MATÍAS, Miguel. *La Sierra de Ávila. Geomorfología del área de contacto del Sistema Central con la cuenca del Duero entre los ríos Adaja y Tormes*. Ávila: Institución Gran Duque de Alba, 1996.
- HERNANDO SOBRINO, M.^a Rosario. *Epigrafía romana de Ávila*. Bordeaux-Madrid: CNRS-Archivo Epigráfico de Hispania, 2005.
- LÓPEZ SÁEZ, J. Antonio y BLANCO GONZÁLEZ, Antonio. "La mutación Bronce final/Primer Hierro en el sector suroccidental de la cuenca del Duero: ¿Cambio ecológico y social?". En: *Bronce Final y Edad del Hierro en la Península Ibérica. Encuentro de Jóvenes Investigadores*. Salamanca: Universidad de Salamanca, 2005, pp. 229-250.
- LÓPEZ SÁEZ, J. Antonio. "Estudio arqueopalinológico del túmulo de la Dehesa de Río Fortes". En: FABIÁN GARCÍA, José Francisco. *El IV y el III milenio AC en el Valle Amblés (Ávila)*. Valladolid: Junta de Castilla y León, 2006, pp. 350-352.
- MARTÍN VISO, Iñaki. "Tumbas y sociedades locales en el centro de la Península Ibérica en la Alta Edad Media: el caso de la comarca de Riba Côa (Portugal)". *Arqueología y Territorio Medieval*, 14 (2007), pp. 171-188.

MARTÍN VISO, Iñaki. "Enterramientos, memoria social y paisaje en la Alta Edad Media: propuestas para un análisis de las tumbas excavadas en roca en el centro de la Península Ibérica". *Zephyrus* LXIX (2012), pp. 165-187.

MISIEGO TEJEDA, Jesús C. et ál. "Guaya (Berrocalejo de Aragona, Ávila): Reconstrucción de la vida y economía de un poblado en los albores de la Edad del Hierro". En: *Bronce Final y Edad del Hierro en la Península Ibérica. Encuentro de Jóvenes Investigadores*. Salamanca: Universidad del Salamanca, 2005, pp. 207-228.

